

ENTRE LA REVOLUCIÓN Y LAS URNAS.
LOS ORIGENES DE LA UNIÓN CÍVICA RADICAL
Y LA POLÍTICA ARGENTINA EN LOS AÑOS '90;
de Paula Alonso, Buenos Aires,
Editorial Sudamericana / Universidad
de San Andrés, 2000.
Eduardo Hourcade

Hemos podido conocer el año pasado la versión final de un estudio que ha ocupado a Paula Alonso durante muchos años. Según nos informa la autora, *Entre la Revolución y las urnas* tiene como antecedente su tesis doctoral en Oxford y otros trabajos previos, todos interesados en el mejor conocimiento de los orígenes de la Unión Cívica Radical. Me parece que la perspectiva adoptada por la autora de centrarse en los años 1890 constituye el punto de partida novedoso de lo que va a resultar luego un trabajo erudito, original y provocador.

Al elegir centrarse en los años noventa, Paula Alonso efectúa una primera operación discontinuista que, por decir así, crea para la obra un clima propio. Si lo más frecuente hasta ahora es encontrarnos con versiones historiográficas que enfatizan en la relativa homogeneidad del régimen político puesto en marcha por Roca en 1880, hasta su crisis como consecuencia sea de la ampliación electoral de 1912, sea de la victoria radical de 1916, no es sorprendente que las versiones más clásicas de la historia del radicalismo lo inscriban en este mismo arco temporal de «larga duración».

Contra la interpretación clásica que asigna a la Unión Cívica Radical una génesis en las postrimerías de la Revolución del Parque y una consumación en la primer presidencia de Yrigoyen, Paula Alonso sostiene en la introducción de su volumen que «este libro, analiza los orígenes y el desarrollo del Partido

Radical desde la fundación del partido en 1831 hasta su derrumbe temporal al final de la década», mientras que apenas una línea antes explicaba que «luego de la muerte de Alem en 1896, el partido declinó rápidamente y, para el fin de siglo, había desaparecido como organización política». Alonso señala también que las «ruinas de la organización original» fueron reorganizadas posteriormente por Yrigoyen, pero con otro estilo y otros énfasis que permiten sostener que entre aquella organización política de los años '90 y el radicalismo «hipolista» del siglo XX existen grandes diferencias. «La UCR fue fundada por un grupo de hombres con una comunidad de objetivos, que invistieron al partido de una identidad particular, que utilizaron un discurso político singular y que acordaron en una estrategia de oposición que consistiría en una aguda crítica al gobierno, en la competencia electoral, la organización de levantamientos armados y la oposición en el Congreso».

Desgajados de una temporalidad más larga, tanto el «Regimen» como la «Causa» tal como los expone Alonso nos permitirán apreciar los rasgos históricos concretos tanto del Radicalismo digamos «originario» como de las fuerzas políticas gubernistas, siempre también presentes a lo largo del texto. El volumen de Alonso se inicia con dos capítulos que tienen un sentido de presentación de los antecedentes del régimen político roquista y de las transformaciones operadas durante la presidencia de Juárez Celman, especialmente la crisis abierta por la Revolución de 1890.

A partir del tercer capítulo entramos de lleno en la cuestión de la revisión de los orígenes de la UCR, en el que nos parece de interés la indagación de los modelos «conceptuales» disponibles en la época acerca de modos de organización partidaria, que

vienen a darse en lo que la autora considera «dos grandes innovaciones: una relacionada con la estructura partidaria y la otra con los procedimientos de selección de candidatos». En esta fase, el «partido» sucedería al «club» dando lugar a una forma más estructurada de la vida política con efectos sobre todos los actores, además de los radicales. El intenso bienio 1891-1892, «un complejo proceso de negociaciones entre todas las facciones políticas en un escenario fragmentado» según Alonso, es el marco del surgimiento del nuevo actor radical, aislado de este proceso de negociaciones pero dispuesto a tomar el camino «revolucionario».

Los radicales se embarcaron en una defensa ideológica de la violencia que no fue sólo «teórica». Los capítulos siguientes están destinados a presentar a «los radicales en acción»; inicialmente, en la «acción revolucionaria». El análisis de las páginas de *El Argentino* proporciona la parte más interesante del arsenal ideológico con que los radicales se lanzan a la vida política. Alonso señala que es imposible caracterizar a los radicales por su petición de elecciones limpias, respeto constitucional o moral administrativa, porque los mismos también se hallaban entre las opiniones de las facciones acuerdistas, afirmando que «la defensa que los radicales hicieron de la revolución se convirtió en su rasgo más distintivo y la legitimación del uso de la violencia provocó los debates públicos más agitados». El invierno de 1893 vería pasar estos conceptos a la práctica, cuando los radicales fueron capaces de montar una serie de revoluciones de magnitud, movilizando miles de hombres. Como se sabe las revoluciones fueron derrotadas, y su saldo paradójico la consolidación roquista, no obstante lo cual el partido se encontró con una popularidad en alza, que se pudo ratificar en resultados electorales haagüenos, los que paradóji-

camente sumirían, poco tiempo más tarde, a la dirección en una crisis acerca del camino a seguir. Ahora bien, nos parece que el hallazgo más interesante de Alonso en esta sección consiste en lo que quedó debajo de estas disputas, pues la autora entiende que el modo en que los radicales pensaron a la oposición y el gobierno en ese momento, tendrá efecto en la Argentina por varias décadas posteriores. «El discurso radical polarizó abiertamente el sistema político argentino, afianzándose una tradición de deslegitimación del contrincante. Se afirman así las bases de una cultura política de negación mutua de la legitimidad, de exclusión y de total antagonismo entre los partidos políticos».

La segunda parte de la «acción radical» (y la más novedosa por su contenido informativo) es la que sucede a los conflictos revolucionarios, dominados por la preocupación electoral y la acción parlamentaria. La tensión entre «evolución» y «revolución» va a ser característica de esta nueva fase. La prensa va a moderar su tono y algunos dirigentes a asumir sus escaños, pero ello sometía a la joven organización a una serie nueva de tensiones. En primer lugar la que provenía de la represión ejercida sobre un número importante de sus militantes que se habían embarcado en el anterior camino revolucionario; por seguir Alonso muestra otro enfrentamiento de carácter regional en el seno de la organización: el que enfrenta a los dirigentes de Capital Federal y de la provincia de Buenos Aires, espacios donde era posible sostener una vida política más o menos libres, con sus asociados de las otras provincias, donde estas condiciones eran inimaginables. Un apartado sólidamente informado sobre la actividad electoral de los radicales proporciona una fuente que pienso de aquí en más resultará ineludible.

Y con esto llegamos al final, que Alonso nos

presenta como «la declinación del Partido Radical». «En 1898 apenas quedaban rastros de los elementos constitutivos del Partido Radical. Alem estaba muerto, *El Argentino* desaparecido y las figuras conductoras de la UCR se encontraban divididas en sus lealtades, en sus objetivos, en sus estrategias y en sus voces».

En primer lugar el disgregamiento del componente provincial ha reducido al partido en un contingente porteño y bonaerense. Pero entre ambos, tampoco las relaciones resultaban sencillas. Alonso recorre minuciosamente el imaginable dédalo de las fracciones radicales y sus respectivas posiciones. Nos parece un hallazgo particular el análisis del impacto causado por el suicidio de Alem en 1896, porque la autora nos expone que el asombro de los contemporáneos contrasta con la manera en que vieron sus biógrafos el suicidio. Si para estos últimos resultó el previsible resultado de un desaliento de variados orígenes, para los contemporáneos que Alem se quitara la vida justo luego de que había logrado reorganizar el partido, vale decir en cierto modo absorber nuevamente toda la diversidad inorgánica radical, era un acontecimiento sorprendente, que conduciría a la decadencia partidaria.

Luego vendrá el radicalismo de Yrigoyen, que como dijimos antes para Alonso se trata de una organización política enraizada en la primera pero diferente. En síntesis, una visión de los años 1890 y del partido radical que resulta erudita, analíticamente compleja y sin ninguna duda provocadora por la novedad de sus hipótesis. Si se me permite decirlo, es de lectura indispensable.